

habían cenado. Tomás dejó abierta la puerta del arca, y un hermano, llamado Teofoto, quien le servía, habiéndose apercebido de ello, espú el momento en que no pudiese ser visto, se llevó tres bolsas, en las cuales estaban las seiscientas piezas de oro de que hemos dicho que Estéfano había hecho presente al monasterio. Al día siguiente salió del monasterio, dando por razón que se le hacía trabajar demasiado y que no le quedaba tiempo para pensar en su alma; pero esto no era más que un pretexto para mejor ocultar su hurto, é irse á otra parte á gozar en libertad de este dinero. Cogió el camino de Jerusalén, y se paró frente del monasterio de Martirio. Allí, estando sentado, sacó cincuenta piezas de una de estas bolsas, y ocultó lo restante en un hoyo cubierto con una grande piedra, marcando el sitio para volver cuando bien le pareciera. Enseguida se fué á Jerusalén, y de allí pasó á Jope. Quando por su volver al sitio donde había puesto el dinero, pasó por un lugar cerca de él, un horrible monstruo salió de debajo de la piedra y le espantó y le hizo volver atrás.

Consideró este accidente como una mera casualidad, y pasó adelante al día siguiente; pero aun halló allí á este monstruoso animal, quien parecía estarse en aquel sitio como para guardar el tesoro; de suerte que ni siquiera permitía acercarse á un tiro de piedra. En fin obstinándose en volver una tercera vez, en la esperanza de que este formidable guardian ya se habría retirado; á medida que quiso acercarse, se sintió herido en la cabeza por una mano invisible, como si se le hubiere dado un grande golpe de maza, y cayó en tierra gravemente herido. Dos pasajeros habiéndolo hallado en este estado, le trasportaron caritativamente al hospital de la ciudad en donde por la noche vió á un venerable viejo que le dió una severa corrección, y le dijo que no curaría de su mal hasta que hubiese devuelto el dinero que había robado el monasterio de san Eutimio.

Tomé 3.



Gravé par
Goussier

Imp. de Charbonnier & Co.

St. Sabas.

San Sabas.

Al momento hizo llamar al gobernador del hospital, y le confesó su crimen con todas sus consecuencias. El abad Tomás lo supo, y fué al hospital con Leoncio, é hizo trasportar al enfermo en coche al sitio en donde había depositado el dinero, que lo hallaron como había dicho. Le condonaron las cincuenta piezas que había gastado y su mal cesó al instante.

Tomás murió el 26 de marzo, setenta años después de la muerte de san Eutimio, habiendo gobernado su monasterio por espacio de ocho años.

Leoncio fué abad después de él. Recibió en su comunidad al monje Cirilo, quien escribió todo cuanto acabamos de referir de san Eutimio y de sus sucesores. También añade muchos milagros de los cuales fué testigo en el tiempo en que moró en este monasterio; y hace de ellos un detalle muy circunstanciado, que por ser demasiado extenso no lo ponemos aquí. Bastará decir en sustancia: 1º Que las mujeres no entraban en su iglesia, y que las que iban á implorar su auxilio lo pedían desde la puerta; 2º que aparte de muchos posesos que condujeron á su sepulcro y quedaron libres, Dios castigó de una manera terrible á un impío, quien, negando contra la verdad haber retenido dos ovejas de un pobre, se atrevió para sostener su mentira, á perjurarse sobre el sepulcro del Santo en donde este hombre le había obligado á hacer juramento. De momento se retiró muy satisfecho por haber así eludido el volverle las dos ovejas; pero en la noche siguiente, mientras se creía muy seguro en su cama, la puerta de su casa se abrió instantáneamente por sí misma, y vió entrar un venerable viejo que llevaba un palo en la mano, acompañado de cinco jóvenes y llenando toda la casa de un gran resplandor. El viejo echando sobre él una mirada terrible, le dijo con un tono severo: « Insensato, ¿ qué és lo que te has atrevido á hacer en la tumba de Eutimio? » Ciríaco,

pues este era el nombre de este perjuro, quedó todo aturdimiento y no supo que responder. Pero el viejo mandó á los que le acompañaban que le castigasen, y teniéndolo cuatro de ellos entregó el palo al quinto, quien le cubrió el cuerpo de cardenales. Luégo el viejo habiéndole cogido por los cabellos, díjole: « ¿ No sabes tú, malvado, que hay un Dios que castiga el crimen, aun sobre la tierra? Se te va muy pronto á arrebatarte tu alma, ¿ y eso que has mal adquirido á quien lo dejarás? Dios te ha castigado de ese modo á fin de que sirvas de ejemplo á los otros, y para que aprendan no solo á no perjurar, mas aún á no hacer juramentos (fuera de los casos permitidos); aun cuando esto fuera para sostener la verdad. » Ciríaco aterrorizado por esta visión, y no pudiendo soportar el dolor de los latigazos que había recibido, pidió auxilio y mostró su cuerpo todo lacerado. Pidió que le condujesen al sepulcro de san Eutimio, en donde confesó su perjurio, y exhibió sus llagas á los religiosos que quedaron horrorizados; pero Dios, quien quería inspirar con su castigo el respeto debido á su santo nombre, al cual había ofendido con su perjurio, no quiso hacer otro milagro que el de su castigo, y hubo necesidad de trasladarlo á su casa donde murió á la noche siguiente.

Cirilo á este ejemplo añade el siguiente: « Un día, dice, en el monasterio se dió hospitalidad á un pobre transeunte, quien habiendo entrado en la iglesia como para hacer su oración, observaba todo lo que en ella había, y se apercibió de la urna de plata que había sobre el sepulcro del Santo. Entró en ella sobre la media noche y se la llevó. Enseguida habiéndose aprovechado del tiempo en que conducían las acémilas fuera del monasterio antes que amaneciera, salió y desapareció lo más pronto que pudo; pero creyendo haber hecho mucho camino, al rayar el alba aun se halló delante de la puerta del monasterio, en donde quedó inmóvil como una columna. Procopio, el portero, quien él

mismo había sido curado por intercesión de san Eutimio, por la mañana le halló en este estado, y en la confusión en que estaban le declaró su falta. Procopio le cogió por la mano, le introdujo en el monasterio y quiso que confesase su latrocinio delante de todos los religiosos; lo que hizo confesando que se había sentido atado por una virtud secreta sin poderse mover. Restituyó la urna de plata; y como él fuera muy pobre, le dieron por conmiseración algo para su viaje, y le dejaron ir en libertad. El monje Cirilo relata estos milagros y muchos otros como testigo ocular; y veremos al hablar de él en un capítulo particular, como el Santo y san Sabas le aparecieron y le obtuvieron la gracia de poder escribir su vida, por más que él protesta que no tenía talento alguno para esto, y que antes de esta visión lo había intentado inútilmente.

El último de los sucesores de san Eutimio de quien nos resta hablar, fué el abad Geroncio, bien diferente de aquel que murió vagabundo y obstinado en los errores de Eutiques. Era de Madaba en Arabia. Su abuelo se llamaba Geroncio como él y su padre Tomás ambos conocidos y amigos particulares de san Sabas. Gobernaba el monasterio de san Eutimio, cuando el monje Cirilo escribía la vida de san Sabas y le certificó de dos milagros de este Santo, uno de los cuales se refería á su abuelo, á quien curó haciéndole una unción con el aceite de la lámpara que ardía delante del leño sagrado de la vera cruz, y el otro era por haber, en favor de su padre Tomás, convertido en vino el vinagre que guardaba en una calabaza, y que fué ocasión de muchos otros milagros, como lo podremos referir en la vida de este Santo.

Se lee en la *Colección de las sentencias de los Padres*, la siguiente de un abad Geroncio de Petra: « Muchos son castos de cuerpo que no lo son siempre de espíritu; por esto, hermanos míos, no basta reprimir los sentidos, es ne-

cesario además velar en cuanto se pueda por la guarda del corazón.

El monje Cirilo habla también incidentalmente en la vida de san Eutimio, de una superiora de religiosas llamada Bassa, á quien nos presenta como una abadesa muy piadosa y llena del amor de Dios. Su comunidad estaba en Jerusalén ó en los alrededores. También edificó un monasterio para los hombres, que fué dedicado á san Meno martir, y obtuvo de san Eutimio, su discípulo Andrés, hermano de Estéfano obispo de Jamnia, para dirigirlo. La emperatriz Pulqueria le escribió para advertirle, que si por sencillez algunas religiosas se habían dejado sorprender por las malas especies que el falso patriarca Teodosio había esparcido, abandonasen sus errores, y quedasen persuadidas de que ella seguía las decisiones del concilio de Calcedonia, que también debía ser la regla de su fé: « Vuestra reverencia, añade al fin de su carta, conociendo la verdad de nuestros sentimientos, y lo conformes que están á la fé ortodoxa, os recomendamos que rogueis por nosotros y por nuestro imperio. » Nicéforo dice que el celo de esta bienaventurada abadesa le llevó á solicitar, con importunidad, á la emperatriz Eudoxia, de quien hemos hablado en el capítulo precedente, que abandonara el partido de los Eutiquianos en el cual se había comprometido. Poco tenemos que decir sobre la vida monástica de Martirio y Elías, quienes fueron patriarcas de Jerusalén. Lo que de ellos los historiadores nos han dejado versa principalmente sobre su episcopado y los asuntos de la Iglesia. Martirio era de Capadocia y Elías de Arabia. Vivían juntos en el desierto de Nitria, cuando Timoteo Eluro, el más pernicioso de los sectarios del impio Dióscoro, y tan furioso eutiquiano como él, se apoderó por violencia de la cátedra de Alejandria, y causó en todo el Egipto perturbaciones inauditas. Huyeron de su persecución, y se retiraron á Palestina bajo

la dirección de san Eutimio. Cada uno moraba en una celda separada, y el Santo manifestaba tenerlos en gran consideración, pues muchas veces conversaba con ellos, y ordinariamente se los llevaba, cuando después de la octava de los Reyes, iba á retirarse hasta el domingo de Ramos en los desiertos más recónditos de Cutila ó de Rubán. En este retiro, en que también se hallaba san Gerásimo el Santo celebraba la misa todos los domingos en una capilla y les daba la comunión, lo mismo que á algunos otros anacoretas que con ellos iban al desierto.

Dios esclareció á san Eutimio sobre aquello que les sucedería con el tiempo, y el Santo les pronosticó que serian patriarcas de Jerusalén. Permanecieron muchos años bajo su dirección, después de lo cual Martirio se retiró á una caverna á media legua de la laura del Santo, en donde con el tiempo edificó un grande monasterio que fué muy célebre. Elías se estableció cerca de Jericó, donde su celda fué ampliada y convertida en dos ó tres monasterios por los edificios que á ella se añadieron. Habiendo muerto el patriarca Juvenal, Anastasio, su sucesor, rogó á Martirio que fuera á verlo con frecuencia á Jerusalén, y por fin le ordenó de sacerdote. Fué después su sucesor, como san Eutimio se lo había vaticinado. Hemos visto como, bajo su pontificado, habiendo la iglesia de Jerusalén sido desmembrada por los Eutiquianos, tuvo el consuelo de verles entrar de nuevo en su comunión, exceptuando á Geroncio y Romano que murieron en sus errores. Al subir sobre la cátedra de san Jaime dejó el gobierno de su monasterio á un religioso llamado Pablo. El historiador Cirilo dice que en su tiempo uno de sus monjes que también se llamaba Pablo, fué al sepulcro de san Eutimio para ser librado del demonio que había tomado posesión de su cuerpo, en castigo de un hurto que había cometido en la iglesia de su monasterio.

Martirio profesaba un grande afecto y un singular res-

peto á san Sabas. No nos detendremos en aquello que dijo Evagrio, que comunicó con Pedro Monjio, falso patriarca de Alejandría; esto es una falsedad, que este historiador tomó de Zacarías el Eutiquiano. Se puede ver en Bolando que, aunque su nombre no esté en los anales de la Iglesia, no obstante los historiadores le dan el nombre de Bienaventurado y de Santo. Murió el octavo año de su pontificado, en 486, y tuvo por sucesor á Salustio, quien murió, según Bolando, en 23 de julio de 493.

Elias le sucedió, y así que fué obispo, reunió á diversos solitarios que moraban en celdas separadas alrededor de la torre de David, y con ellos formó un monasterio cerca de la casa episcopal y de la iglesia de la Resurrección, que era la catedral, para tenerlos cerca de él. Les hizo construir celdas y les proveyó de cuanto necesitaban. Levantó muchas iglesias, y comenzó una bajo el nombre de Helena, ó de la santa Virgen, que no concluyó; pero san Sabas obtuvo una orden del emperador Justiniano para concluir la. También hizo la dedicación de otra nueva que san Sabas había hecho construir en su laura. Tenía una estimación particular por este célebre Padre de los solitarios: y á la manera que no hablaba ni creía lo que se decía de otros sino con mucha madurez y prudencia, así tampoco se dejó engañar, cuando algunos monjes que san Sabas había abandonado á causa de su indocilidad fueron á suplicarle que les diera otro superior. Al contrario, les obligó á someterse á su santo fundador, á quien animó á que cuidara de ellos como lo diremos en su vida. Se puede ver en los escritores eclesiásticos lo que falta decir de este santo obispo, por cuanto no tiene relación alguna con la historia monástica. Bastará añadir que fué echado de su iglesia por orden del emperador Anastasio, por haber rehusado las sinódicas de Severo, monje Eutiquiano, quien se había apoderado de la silla de Antioquía, y fué relegado á Cuila ó

Ailath ¹, en la Arabia, sobre la orilla del mar Rojo.

Estuvo cinco años en este destierro, donde finió sus días, y durante este tiempo la Palestina fué atacada de diversas plagas, lo que todos los habitantes de Jerusalén consideraron como un castigo de la injusticia que le habían hecho. En fin, al cabo de este tiempo, san Sabas acompañado de Estéfano, abad del monasterio de san Eutimio, y de Eutalo, superior de sus monasterios de Jericó, que se llamaban los monasterios de Elías, fueron á verle en Ailath. Los recibió con extrema alegría, y los retuvo algunos días en su compañía. No le veían hasta la hora de Nona; pues pasaba todo el día en el silencio, en la oración y en el ayuno; y á esta hora les hablaba y tomaba su comida con ellos.

Un día que estaban reunidos en el lugar y á la hora ordinaria (esto era el 9 de julio de 518), no apareció, y ellos le aguardaron hasta media noche que se les presentó: « Cojo, que yo no tengo tiempo. » San Sabas, quien comprendió en su aire que estaba afligido, lo detuvo, y le rogó encarecidamente que les dijera que tenía. Entonces, dejando escapar algunas lágrimas les dijo: « El emperador Anastasio acaba de morir en la hora en que os hablo, y yo debo seguirle dentro de diez días para defender nuestra causa delante del tribunal de Jesucristo. » Luego les dió las órdenes necesarias para el gobierno de sus monasterios, de los cuales cuidaba desde el lugar de su destierro. Ordenó que cuando Eutalio muriese, Nescabo y Zacarías se encargasen sucesivamente de su dirección. Prohibió que nadie se atreviese á dividir sus monasterios. Aun vivió ocho días después de esta visión que había tenido de la muerte del emperador, casi sin otra nutrición que la santa Eucaristía; y tres días antes de morir se halló atacado de una enfermedad que no fué violenta. San Sabas y

¹ Esta villa del golfo de Akabath, parece ser la antigua Elana ó Elath, de donde los navíos de Salomón partían para Ofir.

los otros abades no lo abandonaron durante estos tres últimos días. Por fin, el 20 de julio, después de haber recibido la santa comunión y haber respondido *Amen* á las preces que se hicieron por él, se durmió en paz y descansó en el Señor contando la edad de ochentiocho años.

San Sabas no se descuidó de anotar el día y la hora de la revelación que san Selías había tenido de la muerte del emperador Anastasio; y habiendo vuelto á Jerusalén, supo que éste era precisamente el tiempo en que este príncipe, oyendo grandes truenos y viendo su palacio como rodeado de fuego del cielo, después de haber corrido de un departamento á otro, se había escondido en el sitio más secreto que pudo encontrar, donde no pudo evitar el ser herido por el rayo.

El patriarca Elías habiendo tenido revelación de la muerte de este príncipe y de que él debía seguirle pronto, lo comunicó á san Flaviano de Antioquía, que también había sido desterrado á Petra. Pero Flaviano habiendo tenido la misma revelación, así como la de su próxima muerte, lo que también le comunicó; de suerte que ambos murieron diez días después que Anastasio, y dos días después de haber recibido el mensaje. El abad Policronio cuenta de él que no bebió vino en todo el tiempo que fué religioso, y que guardó la misma regla siendo patriarca. Su nombre está marcado en el *Martirologio romano* el 4 de julio, con el de san Flaviano de Antioquía.

SAN GERÁSIMO, ABAD.

Colocamos á san Gerásimo á continuación de los discípulos de san Eutimio por ser su amigo particular, porque le quería mucho, y porque se había retirado por su consejo del mal paso que el impio Teodosio, usurpador de la silla de Jerusalén le había hecho dar con muchos otros. Era de la provincia de Licia, en el Asia Menor, y había abrazado en su patria la vida monástica, en la cual desde entonces había hecho singulares progresos y había sostenido grandes combates contra los demonios. De allí pasó á la Palestina, y se retiró en un desierto que estaba á lo largo del Jordán. El espíritu maligno, quien hasta entonces le había atacado inútilmente, obtuvo por fin alguna ventaja sobre él, pero no duró largo tiempo. Aun no habían transcurrido dos años desde que se había establecido en el desierto del Jordán, cuando el impostor Teodosio, de quien hablaremos en el capítulo siguiente, habiendo llegado á Jerusalén sedujo un gran número de solitarios. San Gerásimo se dejó arrastrar como los otros; pero Dios no permitió que una lumbrera tan resplandeciente, que él destinaba para alumbrar á tantos santos religiosos en este desierto, permaneciera largo tiempo extinguida. Gerásimo oyendo hablar de san Eutimio, quien era generalmente reconocido en todas estas soledades por un hombre lleno del espíritu de Dios, deseó verle, y fue á encontrarle en el desierto de Rubán. Conferenció muchas veces con él, y sus coloquios hicieron sobre su alma, lo que una medicina dada á propósito á un enfer-

† Vit. PP., Cotelier, Baillet.